4. Los ejemplos de santos que practicaron penitencias estraordinarias, merecen nuestra admiracion; pero no nuestra imitacion, á menos de sentir una vocacion especial como la suya.

5. Tened cuidado asimismo que vuestros ayunos y vuestras abstinencias, no sirvan para lisonjear vuestra vanidad, y que no nazcan de vuestro amor propio ó de vuestra propia voluntad. Si semejantes buenas obras no son aconsejadas por la obediencia, no son agradables á Dios, como él mismo lo dice por boca de Isaías: En vuestros ayunos haceis vuestra voluntad; *Ecce in die jejunii vestri, invenitur voluntas vestra.*

6. ¿Quereis practicar un género de mortificacion que no corre peligro alguno? Practicad la mortificacion interior, la cual, segun San Bernardo, consiste en la abnegacion de la propia voluntad, de que no teneis pretesto alguno para dispensaros.

Si yo os ordeno ayunar, dice San Gerónimo, podreis responderme que no os lo permiten vuestras fuerzas; si os mando hacer limosnas, podreis escusaros con la escasez de vuestros recursos; mas cuando os digo que renuncieis á vuestra voluntad, ¿qué pretesto alegareis para denegaros á ello?

7. San Felipe Neri decia á menudo á sus discípulos: *Hijos mios, la vida espiritual consiste en tres dedos,* y diciendo esto ponia los dedos en su frente.

8. A todo lo que halaga los sentidos puede aplicarse la escelente regla que guardaba San Agustin con las sustancias que exhalan un olor agradable: *Poco me cuido de ellas,* escribia; *si no se hallan donde soy, no las busco: si se hallan, no las huyo; y siempre estoy en disposicion de pasarme sin ellas.*

9. Las mortificaciones que no dependan de nuestra voluntad y que no hemos buscado, las enfermedades, el mal éxito de un negocio, la envidia agena, los desaires sufridos con resignacion y con una completa alegría de espíritu, son mas meritorias que todas las demas mortificaciones, porque las envia Dios, el cual se sirve de la malicia de los perversos como de un instrumento para probarnos. David, cuando huia delante de su hijo Absalon, despues de haber sido insultado por Semeí, contuvo la justa indignacion de los suyos, diciéndoles que Dios habia mandado á Semeí que maldijese á David.

ADICION.

(1) Jesucristo mismo lo dijo: todos sus discípulos llevan su cruz, y están obligados á seguirle. Esencial es esta ley al cristianismo, y es renunciar á ella el denegarse á sufrir. De ello estais bien convencidos. y tiempo hace que habeis leido en San Pablo, que *aquellos que son de Jesucristo, han crucificado su carne con sus vicios y sus deseos:* que *nuestro hombre viejo fué clavado en la cruz con Jesucristo;* y que *es necesario llevar la imágen de su muerte, entrar en la sociedad de sus sufrimientos, y hasta ser sepultado con él para tener parte en su vida y en su triunfo.*

Mas á veces vamos á buscar de muy lejos la cruz, cuando está á nuestro lado. La cortamos á nuestro gusto, la escogemos, nos la hacemos, cuando la tenemos en todas partes. La Providencia divina que ha vinculado nuestra salud en la cruz, ha cuidado de tenérnoslas aparejadas; y si aceptarlas queremos, no nos será preciso inventar nuevas. Mas las que nosotros inventamos nos agradan, y queremos que todo nos guste, hasta la cruz. Nuestro amor propio lo sacrifica todo con resigna-

cion, con tal que él mismo no quede sacrificado; y nuestra voluntad consiente de muy buen grado en ser el sacerdote, con tal que no sea la víctima. Sin embargo, todo vive mientras ella vive; ella es la culpable, ella es el origen de todos nuestros desórdenes, ella es por consiguiente la que debe ser clavada en cruz. Mas no lo ha de ser por sus propias manos; esto seria una infidelidad una mala fe; no es justo dejar á un reo la eleccion y la ejecucion de su suplicio.

A Dios solo propiamente toca cargarnos con nuestra cruz, como cargó á su propio Hijo. El sabe nuestras necesidades y nuestras fuerzas: sabe lo que en nosotros se ha de cortar y castigar: él penetra hasta estos reservados secretos y afecciones privilegiadas que nos ocultamos á nosotros mismos: en fin, él sabe mucho mejor que nosotros escoger la parte sensible del corazon é inmolarla. No hay sino obedecer, ponerse en sus manos como estuvo su Hijo entre las de los hombres, es decir, sin resistencia, sin queja, y dispuestos como un cordero ante el trasquilador.

Me preguntais ¿en qué podreis mortificaros? Despues de lo que acabo de decir, fácil es la respuesta. En todo lo que Dios querrá, y no en lo que querreis vosotros. Y para decirlo mejor, os respondo, que no exijo de vosotros, sino las mortificaciones y las penitencias que Dios os imponga, ó por su providencia ó por sus preceptos.

[*Conducta de una señora cristiana.*]

No os anticipeis á buscar las cruces: tal vez escogiera rais las que Dios no quisiera daros, y que serian incompatibles con sus designios sobre vosotros. Abrazad empero sin titubear las que su mano os presentará á cada momento. Hay una providencia dispensadora de las cruces, como de todas las cosas necesarias para la vida. Este es el pan cotidiano que nutre al alma, y que Dios no deja nunca de distribuirnos. Si os hallaseis en un estado mas libre, mas tranquilo, mas desembarazado, tendriais

mas que temer una vida demasiado apacible; pero la vuestra tendrá siempre sus amarguras mientras os conservareis fiel.

Con encarecimiento os suplico que permanezcais pacíficamente en esta conducta recta y sencilla. Quitandoos esta libertad, y precipitandoos en buscar mortificaciones, perderiais tal vez las que Dios tiene cuidado de prepararos por sí mismo, y os dañariais pensando adelantar. Sed libre, alegre, sencillo como un infante; pero infante atrevido que nada teme, que habla siempre con sinceridad, que se deja conducir, y á quien se lleva en brazos; en una palabra, que nada sabe, que nada puede, que nada previene ni prepara, pero que tiene al mismo tiempo una libertad, un valor no concedido á altos personages. Esta infancia confunde á los sabios, y el mismo Dios habla por la boca de tales niños.

Las penas que entre Dios y nosotros se interponen, son cruces que se han de llevar con paciencia, y que serán medios para unirnos á él si humildemente las sufrimos. Las cosas que confunden y abaten nuestro orgullo, nos son todavia mas provechosas que las que nos animan á la virtud. Nosotros necesitamos ser abatidos como San Pablo en las puertas de Damasco, y no hallar recurso alguno en nosotros mismos sino en Dios.

El único valor que la naturaleza inspira, es un valor fiero é insultante que se indigna contra las personas de que se sirve Dios para humillarnos.

Es necesario llevar nuestras cruces callados, con mucho valor humilde y pacífico; ser grande en Dios, y nada en sí propio; grande por la dulzura y la paciencia, y pequeño por la humildad.

Cuando Dios queriendo humillarnos nos toca al vivo, tanto mejor: es el caritativo médico que aplica un remedio á nuestros males que quiere curar. Enmudezcamos: adoremos al que nos hiere: no despleguemos nuestros labios sino para decir: Bien merecido lo tengo. *Por amar-*

go que sea el cáliz, preciso es apurarlo hasta las hec como Jesucristo. El murió por aquellos que le hacian morir. y nos enseñó á amar, á bendecir y rogar por los que nos hacen sufrir.

Es menester redoblar las súplicas en tiempo de turbulencias y de tentaciones. En el corazon del espirante Jesus, hallaremos todo lo que falta al nuestro para amar á aquellos que nuestro orgullo quisiera aborrecer.

La cruz si se ama, no es sino media cruz, porque todo lo dulcifica el amor, y solo se sufre mucho cuando se ama poco. ¡Oh qué dicha la de sufrir, y qué desgracia la de no sufrir con Jesucristo; pues no estamos en este mundo sino para purificarnos con el sufrimiento!

Dios prueba por medio de las enfermedades y contradicciones: nada debemos desperdiciar. De todas nuestras cruces tenemos necesidad. Cuando sufrimos mucho, es porque tenemos muchas aficiones que debemos quitar. Nosotros resistimos, retardamos la operacion divina, rechazamos la mano saludable, y estamos siempre para empezar; y mejor partido hubieramos sacado si de continuo nos dejásemos en las manos de Dios.

Las cruces son el pan cotidiano: nuestra alma necesita todos los dias de una determinada porcion de sufrimientos para desasirse de sí misma, así como el cuerpo ha menester cierta cantidad de alimento. Necesitamos de una cruz, y nada valdriamos si Dios no procurase convertirnos en amargura el mundo y la vida para despegarnos de uno y otro.

La cruz jamas queda sin fruto cuando la recibimos con espíritu de sacrificio. Hemos de aceptarla adorando la mano de Dios que nos la carga sobre nuestros hombros para santificarnos. ¡Feliz el que está pronto á todo; que jamas dice: basta; que cuenta, no consigo mismo, sino con el Todopoderoso; que no quiere mas consuelo sino el que plazca á Dios darle, y que se alimenta de su pura voluntad!

Hay en las cruces tantos indicios de misericordia, y tan abundosa mies de gracias para las almas fieles, que si por ello se aflige la naturaleza, debe alegrarse la fe. Allí se encuentra la paz por la sumision y por el sacrificio sin reserva de los mas puros placeres. Este es el punto hasta el cual conduce Dios el alma para desasirla de todo lo que no es él. ¿Qué otra cosa nos resta hacer sino abrazar la cruz que él nos presenta y dejarnos crucificar? Cuando ha crucificado á su voluntad, entonces consuela; pero no hace como las criaturas, que prestan consuelos emponzoñados para nutrir el veneno del amor propio. Su consuelo es tan sólido como verdadero.

XXI.

Libertad y tranquilidad de espíritu.

1. Es doctrina de San Pablo, que donde reina el espíritu del Señor hay una santa libertad y tranquilidad de espíritu. Para obtener una y otra, pueden emplearse dos medios: 1.° despreciar de una manera magnánima y virtuosa las pasiones que nos abaten; 2.° evitar la tristeza.

2. El que no sufre la tentacion, no merecerá la corona.

No se concede el triunfo sino al que ha sido vencedor, porque sin combate no hay victoria.

3. Cuando os viereis asaltados de una tentacion, principalmente si es contra la pureza ó contra la religion, continuad vuestro trabajo sin deteneros á responder al tentador, y ningun caso hagais de sus vanas sugestiones. Si á lo mas quereis valeros de alguna oracion jaculatoria, mejor es que en nada se

refiera á la tentacion. Decid por ejemplo: *Jesus! dadme vuestro amor, y nada mas. Dios mio! cuándo mi corazon no arderá sino en vuestro amor!*

4. Formad todas las mañanas el firme propósito de no consentir en ninguna tentacion, y de no responder ni á la tentacion ni al tentador.

5. Conviene decirnos á nosotros mismos cuando somos tentados sobre la fe: Yo no puedo comprenderlo, no debo, no quiero. No puedo, porque son estas materias que pertenecen á la naturaleza de Dios, que es infinito; no debo, porque el verdadero creyente somete con humildad su razon, y no se abandona á curiosas investigaciones; no quiero, porque aun cuando por una suposicion imposible pudiese comprender todos los misterios, desearia no comprender nada de lo que Dios ha enseñado como misterio, á fin de manifestarle mi entera sumision, por haber dicho Jesucristo: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron.*

6. No os turben las tentaciones, pues de otro modo duraria siempre el temor de haber pecado. Ademas, cuando uno es tentado sin consentir en la tentacion, lejos de pecar, contrae mas mérito delante de Dios.

7. Sed obediente, y vivireis tranquilo. Todo pensamiento que turba, dice San Francisco de Sales, no puede ser un pensamiento que viene de Dios, que es el Rey de la paz. Todo pensamiento, todo temor sin razon que turbe vuestro espíritu sobre el estado de vuestra conciencia y de vuestra salud, debeis mirarlo, no como una inspiracion, sino como una tentacion.

8. Debeis estar íntimamente convencidos, que el obrar contra el escrúpulo no es obrar contra la con-

ciencia; antes bien, no pueden cumplirse mejor los deberes de la conciencia, que practicando lo que la obediencia ordena. Leed con detenida atencion el tercer y cuarto capítulo de la quinta parte de la Filotea, en donde hallareis sobre tentaciones, avisos importantes.

9. Menester es, ademas, huir de la tristeza, que San Francisco de Sales llama con mucha razon un *invierno crudo y riguroso*, que despoja al alma de toda su hermosura, y la sume en un estado de sombría abstraccion, privando de toda su fuerza á sus mas activas facultades. El hombre triste se parece á aquellos enfermos cuyo estómago no puede digerir ni los buenos ni los malos alimentos: el bien y el mal le afligen del mismo modo. (1)

10. Cuando sintais que la tristeza se aproxima á vuestro corazon, huid al momento de tan peligroso enemigo, buscando alguna distraccion, ocupandoos en alguna cosa, ó bien haciendo visitas ó con algun otro divertimiento, hasta tanto que se aleje de vosotros ese tenebroso demonio. Fácil es el guardar el corazon de sus primeros ataques; mas cuando lo tiene penetrado, es muy dificil de arrojarlo.

11. Nehemías dice, hablando á los Israelitas sus compatriotas, que la santa alegría emanada del Señor formaba toda su fortaleza.

ADICION.

(1). Proviene á menudo la tristeza de que, buscando á Dios, no le sentimos lo bastante para satisfacernos. Pero quererle sentir no es quererle poseer, sino querer asegurarse por el amor propio que se posee, para recibir consuelo.

La naturaleza abatida y desalentada, se impacienta para salir del estado de pura fe, en donde carece de todo apoyo; allí está como en el aire, y quisiera percibir lo que adelanta.

A vista de sus faltas, el orgullo se incomoda, y suele tomarse este despecho del orgullo por un sentimiento de penitencia.

Por un impulso de amor propio quisiéramos tener la complacencia de vernos perfectos, murmuramos de no serlo, nos impacientamos, y nos tratamos á nosotros mismos y á los demas con un mal humor que participa de altanería. ¡Error deplorable! Como si la obra de Dios pudiese emplearse por nuestro enfado! ¡Como si pudiésemos unirnos al Dios de paz perdiendo la paz interior.

¡Marta! ¡Marta! ¿por qué os turbais sobre tantas cosas para servir á Jesucristo? Una sola cosa se necesita: amarle, y estar á sus pies atenta á lo que mande.

Cuando nos hemos abandonado enteramente en manos de Dios, todo se practica sin hacer nada inútil; nos dejamos conducir con la mayor confianza: para lo sucesivo se quiere sin reserva todo lo que Dios querrá; ciérranse los ojos para no prever nada de superfluo, y en lo presente solo se procura cumplir su voluntad.

A cada dia le basta su bien y su mal. Este cumplimiento diario de la voluntad de Dios, es el advenimiento de su reino en nuestro interior, y todo junto el pan nuestro de cada dia.

Nos creyéramos desleales, y reos de una desconfianza pagánica, si quisiéramos penetrar en este porvenir del tiempo que Dios nos oculta; se lo dejamos á él: suyo es el hacerlo dulce ó amargo, corto ó largo; haga lo que parezca mejor á sus divinos ojos.

El mejor modo de prepararnos para lo futuro, sea lo que fuere, es el morir á todos los propios deseos para abandonarse totalmente al querer de Dios.

Así como el maná tenia todos los gustos, esta disposicion general encierra todas las gracias, todos los sentimientos propios de todos los estados donde puede ponernos Dios en lo sucesivo.

XXII.

Mirar cuanto sucede como venido de Dios.

1. Todas nuestras turbaciones é inquietudes, provienen de que cuanto nos sucede de incómodo ó desagradable, lo consideramos como que proviene ó del órden de la naturaleza ó de la malicia de los hombres, y nunca como dimanado de los designios inefables, pero siempre paternales de la Providencia Divina.

2. Jesucristo ha dicho, y es un artículo de fe, que ni un solo cabello caerá de nuestra cabeza sin la voluntad de nuestro Padre celestial. Todo el furor de los hombres malvados, y hasta el de los demonios, no pueden causarnos el menor daño si Dios no lo permite. Verdad es que Dios ni quiere, ni puede querer el pecado, pero quiere el daño que nos resulta del pecado cometido por otro contra su ley. No quiere por ejemplo el robo, en cuanto es un pecado, pero quiere que sintamos el daño causado por el robo. Por esto Job no atribuia á los Caldeos, ni al fuego, ni al viento, ni al demonio las desgracias de que se veia agobiado; sino que las atribuia á la voluntad divina, porque no miraba él la vara que le golpeaba, sino la mano divina que de ella se servia para herirle. Dijo pues: *Llegado ha lo que plugo al Señor: bendito sea.*

3. Mirad, pues, todo lo que acá abajo sucede como que proviene de Dios, y aunque sean cosas que os molesten, que os dañen ó que os humillen, estad en el concepto de que el Padre celestial, deseando en todo el bien de sus hijos, las ha permitido á fin de que redunden en provecho vuestro. El os envia tribulaciones, así como el médico un remedio saludable, por amargo y desagradable que sea al enfermo, con el único objeto de curar su dolencia. En esta íntima persuasion, y en esta resignacion perfecta, consiste la mas sublime santidad, porque, como lo dice San Gerónimo, de este modo la criatura se une muy íntimamente á Dios, que es el soberano bien, no formando con él sino una sola voluntad. (1).

ADICION.

(1). Salgamos de nosotros mismos, no nos amemos ya mas con un amor desordenado, y la voluntad de Dios que se desplegará á cada momento en todo, nos consolará tambien en cada momento de todo lo que Dios haga en nosotros y á nuestro alrededor. *Las contradicciones de los hombres, sus inconstancias, y hasta sus injusticias* nos parecerán los efectos de la sabiduría, de la justicia y de la bondad inmutable de Dios. *No veremos sino á Dios infinitamente bueno, que se oculta bajo el velo de las debilidades de los hombres ciegos y corrompidos.* Así esta figura mentirosa del mundo, que pasa como una decoracion de teatro, será para nosotros un espectáculo muy verdadero y digno de eternas alabanzas por parte de Dios.

¿Qué esperamos de los hombres? *Ellos son débiles, inconstantes, ciegos: los unos no quieren lo que pueden, los otros no pueden lo que quieren. La naturaleza es una caña quebrada; si sobre ella queremos apoyarnos, la caña*

se dobla, no puede sostenernos, y nos traspasa la mano. Por grandes que parezcan los hombres, nada son por sí mismos: mas cuando *Dios es grande en ellos, él es quien hace servir el mal humor, el orgullo, el enojo, el disimulo, la vanidad, todas las delirantes pasiones al eterno consejo que tiene sobre sus elegidos; él se vale de lo interior y de lo esterior, de la corrupcion de los demas hombres, de nuestras propias imperfecciones, de nuestra propia sensibilidad;* en una palabra, *él se vale de todo para nuestra santificacion, remueve el cielo y la tierra para salvar lo que ama:* todo se verifica para purificarnos, y para hacernos dignos de él. Regocijémonos, pues, cuando nuestro Padre celestial nos prueba acá en la tierra por medio de diversas tentaciones, ya interiores, ya esteriores, cuando nos lo vuelve todo adverso por de fuera, todo doloroso por dentro. Regocíjemonos, pues por el crisol de tales dolores se purifica nuestra fe, mucho mas preciosa que el oro. Alegrémonos de conocer por este medio la nada y la impostura de todo cuanto no es Dios, pues esta esperiencia que crucifica nuestros apetitos, nos despega de nosotros mismos, y de los deseos del siglo. Alegrémonos, pues por medio de estos dolores ha de nacer en nosotros el hombre nuevo. ¡Qué! nos desalentamos, y es la mano de Dios la que se apresura á completar su obra! todos los dias estamos deseando que lo haga, y cuando lo empieza á hacer nos turbamos; y nuestra flojedad y nuestra impaciencia detienen la mano de Dios! Una piedad sin cruz es una piedad imaginaria.

En tanto que nos conservamos encerrados en nosotros mismos, somos el juguete de las contradicciones de los hombres, de su malignidad, y de su injusticia; nuestro mal humor nos espone al mal humor de otro, nuestras pasiones chocan y se baten con las pasiones de nuestros semejantes; nuestros deseos son otros tantos medios con que empujamos á todo el resto de los hombres; *nuestro orgullo, que es incompatible con el del prójimo, se levan-*